

EL BARON.

COMEDIA EN DOS ACTOS.

SU AUTOR

INARCO CELENIO P. A.

*Noti adfectare quod tibi non est datum,
Delusa ne spes ad querelam recidat.*

PHEDRI FAB. lib. III.

PERSONAS.

*Don Pedro.
La tia Mónica.
Isabel.
Leonardo.*



*El Baron.
Fermina.
Pascual.*



La Escena es en Illescas, en una sala de casa la tia Mónica.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala adornada á estilo de Lugar. Puerta á la derecha, que da salida al portal; otra á la izquierda para las habitaciones interiores, y otra en el foro con escalera, por donde se sube al piso segundo.

ESCENA I.

Leonardo, y Fermina.

Leon. Si, Fermina, yo no sé qué estraña mudanza es esta; ni apenas puedo creer que en tres semanas de ausencia se haya trocado mi suerte de favorable en adversa. Qué misterios hay aqui? Por qué su vista me niega Isabel? Por qué su madre,

que me ha dado tales pruebas de estimacion, me despide, me injuria?... Oh! quanto recela un infeliz!... Pero, dime, ese Baron que se hospeda en esta casa...

Ferm. El Baron?

Leon. Si, qué pretende? qué ideas son las tuyas?

Ferm. No es posible que un instante me detenga.

Mirando adentro con inquietud.

Leon. Pero, dime...

Ferm. Es que si viene
mi señora y os encuentra,
habrá desazon.

Leon. Despues
que yo de tu boca sepa
mi desventura, me irá.
Dí...

Ferm. Pues bien, la historia es esta.
Ya sabéis que hace dos meses,
con muy corta diferencia,
que el Baron de Montepino
se nos presentó en Ilescas.
Tomó un cuarto en la posada
de enfrente. Estando tan cerca,
desde su ventana hablaba
con nosotras... bagatelas.
El tiempo se va sentando...
buen sol hace... me molestan
las chinches, que no es vivir...
anoche estuve en las eras,
y el Barberillo cantó
unas tonadas muy buenas.

Mirando á dentro.

En En, por aquí empezó.
Vino hasta media docena
de veces á casa, luego
fue la amistad mas estrecha.
Hablabá de sus vasallos,
de su apellido y sus rentas,
de sus pleitos con el Rey,
de sus males, etcétera.
Mi señora le escuchaba
embebecida y suspensa,
y todo cuanto él decía
era un chiste para ella.
Hizo el diantre que á este tiempo
se os pusiese en la cabeza
ir á ver á vuestro primo:
que, á la verdad, no pudierais
haber ido en ocasion
mas mala.

Leon. Estando tan cerca
de Toledo, estando enfermo
de tanto peligro, hubicra
sido razon....

Ferm. Yo no sé....

Voy á acabar, no nos sientan.
Nuestro Baron prosiguió
sus visitas con frecuencia;

siempre al lado de mis amas,
siempre haciéndlas la rueda,
muy rendido con la moza,
muy atento con la vieja:
de suerte, que la embromó.
La ha llenado la cabeza
de viento: está la muger
que no vive ni sosiega
sin su Baron; y él, valido
de la estimacion que encuentra,
quejándose muchas veces
de que la posada es puerca,
de que no le asisten bien,
que los gallos no le dejan
dormir, que no hay en su cuarto
ni una silla ni una mesa:
tanto ha sabido fingir,
y ha sido tan majadeca
mi señora, que ha enviado
por la trágica moleta
del Baron, y ha dado en casa
eficaces providencias,
para que su Señoría
coma, cene, almuerce y duerma.
En efecto, ya es el amor:
se le han cedido las piezas
de arriba; viene á comer,
se sube á dormir la siesta,
vuelve á jugar un tresillo,
ó sale á dar una vuelta
con las señoras; despues
viene á casa, refresca,
cena, sin temor de Dios,
vuelve á subir y se acuesta.
Tal es su vida. El motivo
de haber venido á esta tierra,
ha sido, segun él dice....
Para el tonto que le crea!
No sé qué lance de honor,
de aquellos de las novelas:
persecuciones, envidias
de la Corte, competencias
con no sé quién, que le obligan
á andarse de zeca en meca....
en fin, mentiras, mentiras,
mal zurcidas todas ellas.
Esto es lo que pasa. Ahora
inferid lo que os parezca.
Isabel os quiere bien;

pero Patillas lo enreda
á veces, y....

Leon. Si, su madre
es tal que podrá vencerla;
y hará que me olvide, hará
que á su pesar la obedezca....
Á su pesar!... pero, quién
me asegura su firmeza?
Quién sabe si, ya olvidada
de el que la quiso de veras,
á un hombre desconocido
dará su mano contenta?
Á Dios.... Pero tú, que sabes
Hace que se va, y vuelve.
cuanto mi amor interesa,
haz que yo la pueda hablar:
dila el afán que me cuesta....
dila, en fin, que no hay amante,
por mas infeliz que sea,
que si no merece afectos,
desengaños no merezca.

ESCENA II.

Fermina sola.

Ferm. Pobrecillo! mucho temo
que el tal Barou te la juega.
Y al cabo de tantos años
de ilusiones lisonjeras,
tantos supiros perdidos,
tanto rondar á la puerta,
tus proyectos amorosos
en esperanzas se quedan.
Y esto es amar? Esto es
vivir remando en galeras.

ESCENA III.

La tia Mónica, y Fermina.

Món. Fermina, diste el recado
de que mi hermano viniera
al instante?

Ferm. Sí señora.

Món. Mucho tarda.

Ferm. Si es un pelma.

Món. Y es para una cosa urgente.

Ferm. Para qué?

Món. Cierto que es buena
la curiosidad!

Ferm. Señora!

pues á qué santo es la fiesta?

No es cosa! la palentina,
la saya rica, la vueltas

de corales!...

Món. Calla, loca.

Ferm. Válgame Dios! si lo viera
el difunto!

Món. Qué difunto?

Ferm. El que está comiendo tierra.

Món. Quién?

Ferm. Mi señor: que en su vida
pudo lograr que os pusierais
una ciuta, y os llamaba
dasastrada, fleja y puerca,
andrajosa, y....

Món. Si no callas
he de romperte las piernas,
habladora.

Ferm. Yo....

Món. Bribona.

Ferm. Sí....

Món. Qué palabras son esas?...

Ferm. Señora, si él lo decía,
y los vecinos se acuerdan....
Válgame Dios! que yo no
lo saco de mi cabeza.

Por cierto que muchas veces
daba unas voces tremendas,
que alborotaba la casa;
y os llamaba majadera....

Món. Calla. *Ferm.* Y....

Món. Calla.

Ferm. Bien está.

ESCENA IV.

Don Pedro, y dichas.

Pedro. Hola! quién riñe?

Món. Es con esta
picudilla.

Ferm. Mi señora
me pone de vuelta y media
porque digo la verdad,
y porque....

Món. Vete allá fuera.

Ferm. Porque digo que mi amo....

Món. Vete.

Ferm. Ya me voy.

Món. No vuelvas
sin que te llame; y cuidado
no te plantes á la reja.

ESCENA V.

Don Pedro, y la tia Mónica.

Ped. Con qué, mi señora hermana,

- asunto de consecuencia
debe de ser el que ocur e.
Yo, como sé tus vivezas,
no me he dado mucha prisa (ta.
á venir: pero se enmienda *Se sien-*
todo con haber venido.
Vaya, pues.
Món. Solo quisiera
Sentándose junto á Don Pedro.
que me dieras unos cuartos.
Ped. Para qué?
Món. Para una urgencia.
Ped. Urgencias tú?... Bien está:
cómo cuanto?
Món. Si tuvieras
cien doblones.
Ped. Si los tengo;
pero ajusta bien la cuenta,
que se acabará el dinero
á pocas libranzas de esas.
Doce mil reales me diste,
si la mitad se cercena
quedan seis mil nada mas.
Món. Ya lo sé.
Ped. Pues bien, receta:
ello es tuyo, si lo quieres
todo, allá te las avengas.
Món. No; todo no á cien doblones
me darás.
Ped. Con que hay urgencias?
Món. Sí señor, lo necesito,
y no quiero darte cuentas
de cómo, y cuánto, y por qué.
Ped. Pues yo teugo mis sospechas
de que tú quieres decirlo.
Món. Decirlo yo? no lo creas.
Ped. ¿No; pues bien, no hablemos ya
del asunto.
Món. Bueno fuera
que siendo el dinero mio,
cada vez que se me ofrezca
gastar algo, te pidiese
el dinero y la licencia!
Ped. No dices mal.
Món. Pues, tú quieres
tenernos como en tutela.
Buena aprension!
Ped. Sí por cierto:
y á fe que es mala incumbencia
querer mandar á una viuda,
tan verde y tan piritiosa,
con paletina y brial.
Món. No podré, cuando yo quiera
ponerme mi ropa?
Ped. Sí;
pero me admiro de verla
salir á lucirlo, al cabo
de medio siglo que lleva
de cofre.
Món. Ya que lo tengo,
quiero gustarlo.
Ped. Es muy cuerda
resolucion; tanto mas
que convienen la decencia
y el adorno á una señora,
en cuya casa se hospeda
todo un Baron.
Món. Es verdad:
ya entiendo tus indirectas.
Sí señor, le tengo en casa,
ni un solo ochavo le cuesta
comer y dormir aquí:
la regalo, y le quisiera
regalar con tal primor,
que en vez de sufrir molestias,
no echara menos su casa,
su fausto, y sus opulencias.
Ped. Sus opulencias! El pobre
Baron?... Y qué mala estrella
redujo á su Señoría
á ser vecino de I'tescas?
De qué enfermedad tuvieron
sus lacayos? en qué cuesta
se rompió el coche, y cayeron
la Chispa y la Vandolera?
qué gitanos le murciaron
el bagage? qué miserias
son las tuyas, que se vino
sin sombrero y sin calcetas?
No podrás satisfacerme
á estas dudas?
Món. No tuviera
la menor dificultad.
Ped. Pero, en efecto, me dejas
en la misma confusion?
Món. Si; piensa de ello que quieras,
nada importa.
Ped. Y en efecto,

hermana, hablando de veras,
es un caballero ilustre?

Món. De la primera nobleza
de España, muy estimado
en las Cortes extrangeras,
primo de todos los Duques.

Ped. Oiga!

Món. Y es, por linea recta,
nieto de no sé qué Rey.

Ped. No es cosa la parentela!

Món. Si le trataras, verias
qué conversacion tan bella
tiene, qué cortés, que afable,
y qué expresivo con cualquiera,
y qué desinteresado.

Ped. Eso la sangre lo lleva.

Món. Pero el pobre caballero,
valgame Dios! cuando cuenta
sus desgracias...

Ped. Qué desgracias?

Món. Hará llorar á las piedras.
Ha sido Gobernador,
yo no sé si de Ginebra...
ello es en Indias, y un Conde,
hermano de una Duquesa,
cuñada de un primo suyo,
el pícaro, mala lengua,
le ha puesto en mal con el Rey.

Ped. ¡Ya bribon!

Món. Y por esta
calumnia se ve obligado
á disfrazar su grandeza,
y andar de aquí para allí;
pero Dios querrá que venga
á saberse la verdad,
y entonces... Pero si vieras
cuánto favor le merezco
al buen señor? El me enseña
todas sus cartas: y algunas
que vienen en otras lenguas,
de Francia y de mas allá
de Francia, para que sepa
lo que dicen, las explica
en español todas ellas.

Pero, qué cosas le escriben!

Ped. Qué cosas?

Món. Cosas muy buenas.

Ped. Ya.

Món. Le dicen que se vaya

á Londres, ó á Inglaterra,
que el Rey de allí le dará
mucho dinero y haciendas...
pero él no quiere salir
de España.

Ped. Pues no lo acierta.

Por qué no se va al instante
á tomar esas monedas?
Qué puede esperar? que un día,
ahí en una callejuela,
le conozcan, se le lleven,
y le corten la cabeza
por una equivocacion?

Món. No, que segun las postreras
noticias, van sus asuntos
de mejor semblante; y piensa,
dentro de poco, poner
tan en claro su inocencia,
que al que levantó el combuste
quizás le echarán á Ginta.

Ped. Eso es natural... Y, dime,
hablando de otra materia
que nos interesa mas,
y conviene tratar de ella.
Qué tenemos de tu hija?

Món. Nada.

Ped. Nada? Estás dispuesta
á casarla con Leonardo?
Lo supongo.

Món. No, no es esa
mi intencion.

Ped. Calle! Y por qué
se ha mudado la veleta?

Món. Porque sí.

Ped. Ya, con que quieres
hacerla morir doncella?

Món. Qué prisa corre el casarla?

Ped. Oiga no es mala la idea!
Qué prisa corre? ahí es nada!
Tú, hermana, ya no te acuerdas
de cuando tuviste quince.
Qué prisa corre! Es muy buena
la especie, por vida mia!

Món. Digo bien.

Ped. Vamos, ya empiezas
á declarar, y estas cosas
piden discurso y prudencia.

Es menester que se case.

Món. Pues no quiero que sea

con un pelgar infeliz.

Ped. Muy bien; pero considera que casándose á mi gusto, es suyo cuanto yo tenga, que Leonardo es un muchacho de talento y buenas prendas, que en Madrid le dió su tío una educacion perfecta, y cuando llegó á faltarle, renunciando á las ideas de ambicion, considerando que el producto de su hacienda bien cuidada, y sobre todo su moderacion, pudieran hacerle vivir feliz; vino, reclamó la oferta que le hiciste de casarle con Isabel... Lo desean entrambos; todo el lugar su esperada union celebra, tú lo has prometido, y...

Món. Si; pero las cosas se piensan mejor, y... vamos... Yo sé lo que he de hacer, no me vengas á predicar.

Ped. Eso no.

Tú haras lo que te parezca; pero mira que es tu hija. No la oprimas, no la tuerzas la voluntad, ni presumas que con gritos y violencia has de extinguir en un dia una inclinacion honesta, que el trato y el tiempo hicieron inalterable.

Món. No temas nada... Yo me entiendo.

Ped. A Dios. *Se levantan los dos.*

Món. Anda con Dios.

Ped. Qué cabeza!

Voy á contar los seis mil, y haré que el muchacho venga conmigo para traerlos.

A mas ver.

Món. Qué mosca lleva!
ESCENA VI.

La tia Mónica, y el Barón.

Bar. Señora, muy buenas tardes.

Món. Estoy á vuestra obediencia, señor Barón.

Bar. Hoy ha sido mucho mas larga la siesta.

Món. Qué! no señor... A las tres ya estaba haciendo calceta. Mi alcoba es un chicharrero... y la calor desvela á una de modo que...

Bar. Cierto...

Aquí faltan unas piezas de verano... Ya se ve, estas casas tan mal hechas!... Estuvisteis mucho tiempo en Madrid?

Món. Muy poco, apenas estuve un mes.

Bar. de ese modo *Paseándose.* es casualidad que vierais mi casa.

Món. En qué calle está?

Bar. Es un caseron de piedra disforme.

Món. En qué calle?

Bar. Y tengo pensado, luego que vuelva, echarle al suelo.

Món. Por qué?

Bar. Para hacerle á la moderna.

Món. Será lástima.

Bar. No tal:

ademas que se aprovechan todos los jaspes, y al cabo por mucho, mucho, que pueda gastarse, vendrá á costar tres millones... y aun no llega.

Món. Y hacia adonde está?

Bar. He pensado.

reducirla cuanto sea posible; y segun los planes que me vinieron de Antuerpia, queda mas chico y mejor.

Una colunata abierta, circular, y en el ingreso eslinges, grupos y verjas. Gran fachada, escalinata magnífica, cinco puertas, peristilo egipcio... Y luego su jardin con arboledas,

invernáculos, estanques,
cascada, gruta de fieras,
saltadores, laberintos,
aras, cenotáfios, bellas
estátuas, templos, ruinas....
En fin, cuatro frioleras
de gusto... Y sobre la altura
del monte que señorea
el jardín, un beverder
de mármoles de Florencia,
combóvedas de cristal,
en medio de una plazuela
de naranjos del Perú.

Món. Válgame Dios, qué grandeza!

Bar. Todo es vuestro: allí estareis
servida como una Reina.

Mi palacio, mis sorbetes,
mis papagayos, mi mesa,
mis carrozas de marfil
con muelles á la chinesca,
todo es para vos.

Món. Señor,
tanta favor me avergüenza.

Bar. Mas mereceis, mas os debo:
que habeis sido en mi deshecha
fortuna al iris de paz,
y es justo que á tanta deuda
corresponda... Mas, decidme,
(que entre los dos la reserva
y el misterio no están bien.)
un jóven que nos pasea
la calle, y atentamente
nuestras ventanas observa,
quién puede ser? El es nuevo
en el lugar.

Món. De manera,
señor Baron, que...

Bar. Esta noche...
no sé si estabais despierta...
ello era tarde, sonó
una cítara, y con ella
un romance de Gazúl,
cierto Moro que se queja
de que su Mora, por otro
nuevo galán, le desdenea.
No me direis?..

Món. Señor...

Válgame Dios! yo estoy muerta,
Aparte.

Por mas que procuro...

Bar. En fin,
podré yo saber quién sea?

Món. Si señor, sí... Ya se ve,
como él es de aquí.

Bar. De Illescas?

Món. Si señor, y ha vuelto ahora
de Toledo... Pero ella...
no señor... nunca...

Bar. Ya estoy.

Món. El es un tonto, y se empeña
en que... Vaya! lo primero
que la dije: cuando vuelva,
cuidado, no ha de ponerme
los pies en casa.

Bar. Discreta
prevencion! Si Isabelita
no le quiere, que no venga.

Món. Qué ha de querer! no señor,
nada de eso. Pues no fuera
un disparate?... No digo
que la muchacha merezca
un Marques...

Bar. Merece tanto,
Dña Mónica!... Es muy bella,
muy amable... Ved que es mucho,
mucho, lo que me interesa
su felicidad... A Dios,
que aun no es tiempo de que os deba
decir mas. Llegará el día
de mi fortuna y la vuestra.

*Asiéndola de la mano y apretándola
con expresion de cariño.*

ESCENA VII.

La tia Mónica, despues Fermina.

Món. No hay que dudar, él está
*Se pasea con inquietud; se para,
interrumpe ó acelera el discurso,
segun lo indican los versos.*

perdido de amor por ella:
es claro, es claro... Y el otro
picaruelo!... Como vuelva,
ni de noche, ni de día,
á hacernos la centinela,
yo le aseguro... Qué dicha!
Pero, quién me lo dijera
dos meses ha? quién? Y ahora
las Señoras de Illescas,
las Hidalgotas; que son

mas vanas, y... Ya me llena
mi tiempo á mi... Presumidas!
rabiarán cuando lo sepan.

Fermina?

Ferm. Señora?

*Responde desde adentro, y sale
despues.*

Món. En dónde
está Isabel?

Ferm. En la pieza
de comer.

Món. Sola?

Ferm. Solita.

Món. Y qué hace allí?

Ferm. Se pasea
de un lado al otro, suspira,
llora un poquito, se sienta,
se queda suspensa un rato,
se pone á coser, lo deja,
vuelve á llorar...

Món. Y á qué es eso?

Ferm. A qué no está muy contenta.

Món. Por qué?

Ferm. Por qué... Yo sé
por qué... Locuras, rarezas,
juventudes.

Món. Con qué tú
no sabes de qué procedan
esa inquietud y esos lloros?

Ferm. Yo sí.

Món. Pues dilo, qué esperas?

Ferm. Que me prometáis oírme
con mucho amor.

Món. No me tengas
impaciente.

Ferm. Que si digo
alguna cosa que escueza,
no me pongais como un trapo....

Món. Vamos.

Ferm. Que no haya quimeras
y...

Món. Despacha.

Ferm. Y venga yo
á pagar culpas ajenas.

Món. Has acabado?

Ferm. Ya empiezo,
puesto que me dais licencia.
El mal que tiene es amor;

y ya que explicarme deba
claramente, vos teneis
la culpa de su dolencia.

Món. Yo?

Ferm. Sí señora, Leonardo....

Món. Nome le nombres, no quieras
que me irrite.

Ferm. Bien está:

si os enfada, no se vuelva
á mentar. Aquel mocito,
hijo de doña Manuela,
que en otro tiempo os debió
mil cariños y finezas;
aquel, como, ya se vé,
tiene bonita presencia,
es alhagueño y cortés
y sabe explicar sus penas,
prendó á la niña... Esto es cosa
muy regular y muy puesta
en razon, y el que lo extraña
poco entiende la materia.

Ahi es nada! juventud,
discrecion, obsequio, prendas
estimables, juramentos
de amor y constancia eterna;
y esto no ha de enamorar!
Pues, digo, somos de piedra?
Despues ...

Món. No me digas mas.

Ferm. Callaré como una muerta:
y si los demas callaran
-tambien; pero, si, ya es buena
la gente de este Lugar.

Món. Pues qué?

Ferm. Nada.

Món. No me vengas
con mentiras.

Ferm. Como hay tantos
bribones, malas cabezas,
dicen que... Pero chiton:
no quiero ser picotera.

Món. Qué dicen?

Ferm. Esta mañana;
ahi al lado de la Iglesia,
cierto conocido vuestro...
El nombre nada interesa
para el caso. Me llamó,
y me dijo: picarueta,
que no nos han dicho nada...

Comedia en dos actos.

ESCENA VIII.

Pascual y dichas.

Món. A qué vienes tú? No es buena Pascual sacará en la mano un pequeño envoltorio de papel. *A las primeras palabras de la tia Mónica hace ademán de volverse por la puerta que entró.*

la gracia! Sin que te llamen ya te he dicho que no vengas. Lo entiendes?

Pasc. Muy bien está.

Món. Para eso tienes la pieza de los perros.

Pasc. Bien está.

Món. Y que nunca te suceda subir cuando yo esté hablando con alguien: cuenta con ella.

Pasc. Bien está.

Món. No es mala la niña!

Pasc. Bien, yo, como...

Món. Oyes, qué llevas?

Pasc. Un rebujo.

Món. Qué?

Pasc. Un papel.

Món. Pero, quién... Llámale, lerda.

Fermina va hacia la puerta para detener á Pascual.

Qué es eso?

Pasc. Es un cucurucho de papel.

Món. Mira que flema!

A ver.

Pasc. Me voy con los perros.

Món. Yo he de perder la paciencia. No te le hadado mi hermano?

Pasc. Sí señora.

Món. Pues qué esperas?

Dámelo acá, y vete.

Quitándole el papel de la mano.

Pasc. Siempre se enfada, cuando...

Aparte al tiempo de irse.

Món. Qué rezas?

Pasc. Cuando... Si por mas que uno quiere... nada, nunca acierta.

ESCENA IX.

La tia Mónica, Fermina.

Món. Prosigue.

Fer. Pues me decia:

Con que la boda está hecha del Barón é Isabelita?

Yo, Señor, de esa materia no sé nada, dije yo.

Qué no sabes! á tu abuela.

Tu callas; porque conoces el disparate que piensa tu Señora; pero ya

por todo el Lugar se suena.

Todos dicen que á su hija la esclaviza, la violenta, llevada del interes.

De dónde la vino á ella,

la locona, emparentar con Marqueses, ni Princesas, de dónde? no han sido siempre

en toda su parentela, alta y baja, labradores?

pues qué mas quiere? que intenta?

Por que no casa á Isabel

con un hombre de su esfera, que la pueda mantener

con estimacion, que sea

hombre de bien, que el honor vale por muchas grandezas:

y no entregarla á un bribon,

que nadie sabe en Illescas

quién es, ni de dónde es,

ni á donde va, ni que espera?

Galopin! qué ha de ser él

Barón! como yo Abadesa.

Desarrapadél que vino

sin calzones y sin medias,

y heredero de tu amo,

con poquísima vergüenza,

de galas que no son suyas

adornado se presenta

por el Pueblo. Badulaque!

Ay! si alzara la cabeza

el que pudre, y en su casa

tantos desórdenes viera!

Pobrecito! no murió

de gota, murió de aquella

maldita muger que fue

su purgatorio en la tierra,

ridicula, fastidiosa,

atronada, tonta y vieja...

Món. Vamos, calla, bueno está,

y que digan lo que quieran:

Paseándose con inquietud.

eso es envidia y no mas.

Ferm. No has llevado mala felpa! ap.

Ya se ve, todo es envidia.

Món. Yo haré lo que me parezca.

Ferm. Ya se ve.

Món. No necesito

que ninguno de ellos venga
á gobernarme.

Ferm. Seguro.

Món. Si están que se desesperan,
los picarones... En fin,
querrá Dios que yo los vea
confundidos; que me aparte
de ellos, y que nunca vuelva
á este maldito lugar.

Ferm. Sí? Válgame Dios, que buena
determinacion, Señora!

Y á dónde iremos?

Món. Qué necia
eres! A Madrid.

Ferm. Qué gusto!

á Madrid... Con que, de veras,
á Madrid? con el Barón?

Món. Pues ya se ve.

Ferm. Qué contenta

se pondrá la Señorita!

Qué felicidad la nuestra!

á Madrid? Pobre Isabel,

ya está dada tu sentencia.

El Barón, Señora.

Món. Vete...

Ah! mira: sacude aquella
ropa, y avisar al sastre.

ESCENA X.

La tia Mónica, el Barón.

El Barón saldrá muy pensativo,

con unos papeles en la mano.

Món. Vaya, me alegro. Qué nuevas
tenemos? No respondeis?

Ay! Señor!

Bar. Cómo se mezclau

entre las mayores dichas,

los cuidados y las penas!

Aquel sugeto, de quien

os dije veces diversas,

que va á Madrid disfrazado,

y allí examina y observa,

ve á mis gentes, y conduce
toda la correspondencia;
ya llegó.

Món. Sí! y ha traído
alguna noticia buena?

Bar. Esa es carta de mi hermana,
si quereis, podeis leerla.

*La da uno de los papeles, y lee
la tia Mónica.*

*Mi querido hermano: he re-
cibido la última tuya, y la sortija
de diamantes que me envias de par-
te de esa Señora, á quien daras en
mi nombre las mas atentas gracias,
asegurándola de los vivos deseos
que tengo de conocerla: y dicién-
dola tambien, que no la envio por
ahora cosa ninguna, para que no
juzgue que aspiro á pagar sus ex-
presiones, y la merced que te hace,
con dudas que por muy exquisi-
tas que fueran, siempre serian in-
feriores al cordial afecto que la
profeso. Nuestro primo el Arzobis-
po de Andrinópolis ha escrito desde
Cacabelos, y parece que dentro de
pocos dias llegará á su Diócesis.
Mil expresiones del Condestable, y
del Marqués de Famagosta su cu-
ñado. Ya puedes considerar cuál
habrá sido nuestra alegría, al ver
aclarada tu inocencia, y castigados
tus enemigos. El Rey desea verte, lo
mismo tus amigos y deudos, y mas
que todos, tu querida hermana. =
La Vizcondesa de Mostagan.*

Válgame Dios, qué fortuna!

Le vuelve la carta.

Os doy mil enhorabuenas.

Gracias á Dios.

Bar. Ay Señora!

Món. Qué pesadumbre os aqueja
en tanta felicidad?

Bar. La mayor, la mas funesta
para mí... Ved esa carta
y hallareis mi muerte en ella.

*Dá otro papel á la tia Mónica,
que lee tambien.*

En efecto, amado sobrino: tus

cosas se han compuesto, como deseábamos. Ayer se publicó la resolución del Rey: decla u injustos cuantos cargos se te han hecho, y el Conde de la Península, tu acusador, está sentenciado á prision perpetua en el Castillo de las siete torres. Quedo disponiendo á toda prisa los coches y criados que deben conducirte; y entre tanto no puedo menos de recordarte que tu boda con Doña Violante de Quincoces, hija del Marqués de Utrique, Capitan General de las Islas Filipinas y costa Patagónica, concluido este asunto que la retardó, no tiene al presente ninguna dificultad. El caballero Wolfango de Remestein, Cefe de Escuadra del Emperador (que se halla en Madrid, de vuelta de los baños de Trillo) será el padrino, y esperamos con ansia ver efectuado este consorcio, en que tanto interesan las dos familias. Recibe por todo mis enhorabuenas, y manda á tu tío que te estima. = El Principe de Siracusa.

Con que segun esto?...

Bar. Veis?

Toma el papel, y se le guarda con los demás.

cómo se tratan y acuerdan entre los grandes Señores, cosas de tal consecuencia? Porque lleva en dote cinco Villas y catorce Aldeas, porque es única, y porque nuestro sucesor pudiera añadir á mis castillos de plata, y mis bandas negras, dos águilas, siete grifos verdes, y nueve culebras; por eso yo he de perder mi libertad... Si pudiera resolver... Y por qué no? Piense lo que le parezca el de Siracusa, y diga el Senescal lo que quiera;

mi elección es libre... Pero, qué he de hacer en tan estrecha situacion? en un Lugar miserable... Ni hay quien tenga comercio, ni hay corredores, ni se pueden girar letras, ni... Vaya! es cosa perdida. Si á lo menos conocieran mi firma, yo librería sobre Esmirna ó Filadelfia diez mil rixdalers, y entonces...

Món. Y entonces?

Bar. Yo resolviera.

Yo evitára que me hallasen aquí: dejara dispuestas las cosas, me marcharia con la mayor diligencia á Montepino, que dista unas diez y siete leguas. Ibaís allá, y un Domingo en mi capilla secreta nos desposábamos.

Món. Quién?

Bar. Pues, no adivinaís quién sea el objeto de mi amor?

Isabel.

Món. Señor!...

Bar. Por ella todo lo despreciaré.

Món. Permitted.

Quiere arrodillarse y el Baron lo estorba.

Bar. Qué haceis?

Món. Quisiera hablar, y no puedo hablar, porque es tanta la sorpresa y el gozo... Bendito Dios!

Bar. No es admirar la violencia de mi pasión. Tanto pueden la hermosura y la modestia. Pero, ha llegado á entender Isabel cuánto la aprecia su huésped? ha conocido cuánto su favor desea? Sabe acaso...

Món. Ella, Señor, no tiene pizca de lerdia, y aunque nunca la haya dicho, sino, así, por indirectas...

Ya se vé, no era posible menos, sino que advirtiera grande inclinacion en vos.

Bar. Y vuestro hermano qué piensa de mí? Qué dice? Ha sabido algo?

Món. A lo menos sospecha mucho, porque es malicioso... Vaya!... Pero no hay quien pueda contar con él para nada; siempre estamos de contienda; y, ya lo veis, es muy rara la vez que pisa mis puertas. Hombre extravagante, y...

Bar. Pero es vuestro hermano, y no fuera justo pasar adelante en ello, sin darle cuenta. Además, que yo conservo una especie... y no debierais olvidarla vos. Me acuerdo que una vez, hablando en esas cosas, dijisteis: que quiere mucho a Isabelita, y piensa darla en dote... Cuánto?

Món. Puede darla mucho, si él quisiera. O! si...

Bar. Pues qué? no querrá?

Món. Si es muy bruto.

Bar. Eso me llena de admiracion. No querrá? Pues cuando Isabel no muestra repugnancia, cuando vos entráis en ello contenta, cuando quiero yo!

Món. Señor, no os altereis, son rarezas: cosas suyas.

Bar. Pues no importa: es menester que lo sepa.

Món. Inútil! será.

Bar. Por qué?

Conviene que yo le vea; yo le hablaré.

Món. Bien está; pero no esperéis que ceda. Es muy cabezudo.

Bar. Y cuando

ese temor nos detenga, qué os parece que podemos hacer? Suponed que llega mi tren: que se llena el pueblo de látigos y libreas: que mi primo el Archiduque, no habrá remedio, me lleva á la Corte... y Isabel? y mi amor?... Cuando se encuentra un gran Señor sin dinero, qué chiquito que se queda! Maldito dinero, amén.

Món. Si para la fuga vuestra bastaran... Ello es tan poco que cuasi me da vergüenza ofrecérselo. Aquí tengo cien doblones, si os sirvieran....

Saca el papel que la dió Pascual, le toma el Baron, y le guarda.

Bar. A verlos... y en oro? Bien... muy bien... Iré como pueda. En una mula... Al instante doy allá mis providencias para que mi Mayordomo traiga un coche, que se queda en la ermita, y llegará cuando todo el mundo duerma. Viene, os avisa: estareis prevenidas, de manera que salís de aquí á las dos de la noche, con la fresca, y rebentando seis tiros, estais á las ocho y media en Montepino. Nos dice una ovisa muy ligera mi Capellan, nos desposa, y si es menester nos vela, y á las diez ya sois mi madre.

Món. Pero, señor...

Bar. Qué os inquieta?

Món. Nada... Es un sueño?

Bar. Conviene que dispongais cuanto sea necesario. Por mi parte no omitiré diligencia... y, á Dios.

Món. Bien está .. No sé

Aparte, al tiempo de irse.
lo que me pasa. Estoy fuera

de mi... Loca, loca... y tiemblo
toda, de pies á cabeza.

ESCENA XI.

El Baron solo.

Bar. Cansado estoy de mentir.

Paseándose.

Por mas que diga esta vieja...
si, yo he de verle.... Si al cabo
ha de darla el dote, venga,
que estoy de prisa... Se toman
los cuartos, y á Dios Illescas,
á Dios tontos, que me voy
á donde jamás os vea.
Si... caramba!... Y este nuevo
amante que nos acecha,
no me gusta, no.

ESCENA XII.

El Baron, Fermína.

*Saca Fermína varios vestidos de
muger, que pondrá sobre una silla;
se acerca á la puerta de la de-
recha, y llama.*

Ferm. Pascual.

Bar. Oigal qué galas son esas?

Ferm. Son vestidos de mi ama,
que con suma ligereza
se han de achicar, alargar,
aforrar, tapar troneras,
guarnecer, desfigurar,
de tal modo, que parezcan
nuevecitos... y empuñada
su merced en que lo hiciera
yo... buena drogá! pues, qué
no he y sastres? Cómo receta!

Bar. Pobre Fermína!

Ferm. Pascual. *Llama.*

Eh! se estará en la bodega
estudiando á Carlo Magno.

Pascual. *Llama.*

Bar. Le diré que venga.

Ferm. No señor, yo iré.

Bar. Si voy
á salir, nada me cuesta
decirselo.

Ferm. Muchas gracias.

ESCENA XIII.

El Baron, Fermína, Pascual.

Bar. Dime, Pascual, será esta
Al irse el Baron, sale Pascual

por la misma puerta.

buena ocasion para ver
á Don Pedro?

Pasc. De manera

que como suele acostarse
despues de cenar, y cena
unas veces tarde, y otras
presto, y otras... Ello, buena
hora es de verle.

Bar. Sí?

Pasc. Digo,
como él esté ya de vuelta
en su casa, entonces... Pero
si no ha vuelto, de por fuerza
él...

Bar. Ya estoy.

Pasc. De juro...

Bar. A Dios.

Famosas explicaderas! *Vase.*

Pasc. Me llamabas?

Ferm. Sí; al instante,
aprisa, de una carrera,
has de ir á casa del sastre.

Pasc. Allá voy.

Hace que se va, y vuelve.

Ferm. Oyes, badea.

Si no te he dicho el recado
que le has de dar, á qué es esa
locura?

Pasc. A que no me digan
que soy sosoñazo y pelma.

Ferm. Dile que venga al instante:
al instante, que le espera
el ama. Lo entiendes?

Pasc. Sí.

Ferm. Pues corre, no te detengas.

ESCENA XIV.

Isabel, Fermína.

Isab. Fermína, Leonardo viene:
le he visto desde la reja,
y va á subir. Quiero hablarle,
quizá por la vez postrera
Mi madre, que está rezando
en su cuarto nos franquea
la ocasion. Tú... sí, Fermína,
débate yo la fineza,
si me quieres bien... En ese
pasillo estarás, y observa
si sale mi madre ó llama,

ó alguno viene de afuera,
y avisame : no nos hallen
juntos, y todo se pierda.
Lo harás por mí?.. Pero él viene..
Amiga, no te detengas:
á Dios.

Ferm. Voy allá.

ESCENA XV.

Leonardo, Isabel.

Leon. Isabel.

Isab. Leonardo, quién lo dijera!...

Leonardo?

Leon. Y quién, al dejarte
tan cariñosa y tan tierna,
debió temer que hallaría
tantos males á su vuelta?
Este breve tiempo ha sido
bastante?..

Isab. Fatal ausencia
la tuya!

Leon. En fin, sepa yo
de una vez cuál es mi pena,
cuál es mi suerte.... ¿Disipa
las dudas que me atormentan.
Dime, si puede ser cierto
lo que ya todos recelan....
Si esas lágrimas me anuncian,
amor, si debo creerlas.

Isab. Leonardo, no es ocasion
de que los instantes pierdas,
burlándote de mi fé
con dudas, que son ofensas.
No es ocasion. Si lo fuese
mucho decirte pudiera:
pero donde el tiempo falta
estan por demás las quejas.
Yo te he querido y te quiero....
Sabe Dios cuánta violencia
padezco al decirlo, y cuánto
sufre una muger honesta,
si lo que debe al silencio
tiene que decir la lengua.
Te quiero.... y voy á perderte.

Leon. Eso dices?... Nada esperas
de mí!

Isab. Si lo que hasta ahora
fue temor, ya es evidencia.
Si mi madre al escuchar
tu nombre toda se altera,

si no quiere que atravieses
los umbrales de mis puertas,
si manda que sus criados
ni aun te saluden siquiera
y.... pero qué mas! Si ahora
acaba de darme cuenta
de ese enlace aborrecido....
Miserá yo?

Leon. Nada temas.

Isab. Y ha de ser pronto, según
pude alcanzar.... Está ciega,
fuera de sí.... Qué podemos
hacer? qué esperanza resta?

Leon. Pero, Isabel, dueño mio:
qué extraño dolor te aqueja!
Tú infeliz, viviendo yo?...
No así de temores llena
me quites todo el valor:
que mal tenerle pudiera
viéndote desconsolada
y en triste llanto deshecha.
Veré á tu madre, y si tienen
las pasiones elocuencia,
yo la sabré reducir;
ó cuando burladas viera
mis esperanzas, amor
muchos ardidés inventa,
y nada me detendrá
como tú, Isabel, me quieras.

Isabel. Resuelves hablarla?

Leon. Sí.

Isab. Qué has de decirle, que sea
bastante al fin que procuras?

Leon. Qué la diré? Que si piensa
hacerse infeliz, venderte
á una soñada opulencia,
dar tu mano á un impostor,
faltar á tantas promesas,
perderme, burlarme á mí...
cosa difícil intenta.

La diré que tú eres mía:
que al bárbaro que pretenda
privarme de tí, rompiendo
los nudos que amor estrechan,
sangre ha de costarle y muerte.
Si á tanto aspira, prevenga
el pecho á mi espada, y juzgue
que para usurpar la prenda
de mi cariño, no basta

que engañe , seduzca y mienta;
debe lidiar y vencer.

Tú serás la recompensa
del valor; ya que tu llanto
y tu elección se desprecian,
y el mas infeliz , al golpe
de su enemigo perezca.

Isab. Eso has de hacer?

Leon. O dejar
que en solo un punto se pierdan
tantos años de esperanzas,
tan bien pagadas finezas,
tan puro amor.... Pero , no,
no los instantes que vuelan
se malogren.... Voy á hablarla.
A Dios... La desgracia nuestra,
resolución , osadía
pide , no cobardes quejas.

Isab. Todo es en vano. La vas
á irritar , no á convencerla.

Leon. Si cederá.

Isab. Mal conoces
su obstinacion.

Leon. Cuando sea
tanta , y este medio falte;
otros eficaces quedan.

Isab. Duros , sangrientos!

Leon. Quien ama
como yo , todo le intenta.
Es mucho lo que me importa,
para que vacile y tema,
vale mucho mi Isabel
para exponerme á perderla.

*Cogiéndola con ternura de la mano,
y besándosela.*

Isab. Leonardo , mi bien.... No sé
qué decir.... Haz lo que quieras.
En tal peligro , tú solo
sabes lo que mas convenga;
yo , infeliz! qué he de saber?
Llorar.... A Dios : él te vuelva
mas venturoso á mi vista,
y este afan alivio tenga.

Leon. Siempre fue de los osados
la fortuna compañera;
el cobarde que la teme,
siempre la ha tenido adversa.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

El Baron solo.

Bar. Vilgáme Dios por el hombre!
*Se sienta junto á una mesa , en que
habrá dos luces.*

cuando no nos hace falta,
á les cuatro de la tarde
está metido en la cama;
y hoy que me interesa el verle,
no parece por su casa.
Oh! si á cuenta de la dote
quisiera dar unas cuantas
onzas!... Gran golpe!... Es verdad
que el tal abuelito es caña;
muy socarion....

ESCENA II.

El Baron , y Leonardo.

Leon. Qué muger,
*Leonardo sale hablando entre sí; al
ver al Baron , exclama , complacido
de hallarle.*

qué carácter , que ignorancia....
qué insensible!... Ah!...

Bar. Malo! ahora
Aparte con timidez.

este demonio me envasa.

Leon. Señor Baron.

Bar. Oiga! qué
se ofrece? *Levantándose.*

Leon. Cuatro palabras.

Bar. Decid estorces , y sentaos;
que no es bien que....

Leon. Nada , nada;
estoy bien así.... Sabéis
quién soy?

Bar. Yo no; pero basta
veros , para conocer
que sois hombre de importancia.
Tomad asiento. *Vuelve á sentar-*

Leon. Ya he dicho *(se.)*
que no.

Bar. Bien.

Leon. A mi me llaman
Leonardo : soy un vecino
de este Pueblo. Esa muchacha
me quiere....

Bar. Quién?

Leon. Isabel.

Bar. Ya.

Leon. Yo la quiero: se trata de violentar su alvedrío, y á mí de veras, me enfada este proyecto. La niña os aborrece de ganas; y pensar, ni por asomo, que porque su madre es fátua, y vos un señor, ó un pillo, (que de esto no sé palabra) por eso, ella y yo debemos tolerar ofensa tanta; es locura. De los dos uno solo ha de lograrla, con que, si sois... (quién lo duda?) caballero y os agravia el que intenta disputaros el cariño de una dama; esta noche á media noche os espero en esas tapias cerca del camino. Allí veremos quién ...

Bar. Qué bobada!

Eh! no señor, yo no quiero mataros, no.

Leon. Muchas gracias;

pero ha de ser.

Bar. Ha de ser?

y á media noche?

Leon. Sin falta.

Bar. Allí en las tapias de....

Leon. Sí:

cosa de un tiro de bala de aquí.... Pero, si quereis, yo os esperaré en la plaza, iremos juntos.

Bar. No tal,

yo iré solo.... Ello me causa....

Cierto, me da compasión,

asi, por una niñada....

Qué diantres! Quitar la vida á un hombre de circunstancias como vos!

Leon. No os dé cuidado.

Bar. Qué edad teneis?

Leon. La que basta para no temer la muerte.

Bar. Teneis madre?

Leon. Sí, y hermanas....

Y vos qué teneis, cordura, ó miedo, ó como se llama?

Bar. Miedo yo?

Leon. Digo, pudiera suceder.

Bar. Qué petulancia,

Se levanta con viveza.

qué insulto!

Leon. No le teneis?

Pues bien, espero que vaya el señor Baron.

Bar. Sin duda.

Leon. A las doce?

Bar. Hora menguada para vos.... Iré á las doce.

Leon. A Dios.

Hace que se va, y vuelve.

Bar. Agur.

Leon. Aun me falta

que decir porque no quiero dejaros en ignorancia.

Ved que si no vais, la burla

os ha de salir muy cara;

y donde quiere que os vea,

solo ú con gente, con armas,

ó sin ellas, en la calle,

en cualquiera parte. .. en casa,

en la iglesia, os atravieso

el pecho de una estocada.

ESCENA III.

El Baron solo.

Bar. Estamos bien!... Yo salir!...

y el tal hombre tiene trazas

Paseándose.

de hacer lo que dice.... Yo

salir!... Saldré; pero falta

saber por dónde.... Si el aire

seco de Illescas me daña....

Cosa de miedo no tengo....

El me conoció en la cara

que no soy espadachín....

Esto de que yo me vaya

sin dar un susto al zurraco

del viejecito, es chanada.

Eso no.... Pues qué en Illescas

se sabe mas que en Triana?

Las ocho... Pero, si espera
Saca el reloj.
 en efecto, si se enfada
 porque no voy, si me encuentra
 luego y me... Cosa mas rara!
 Calle! ya está el otro aquí.

ESCENA IV.

Don Pedro, el Baron.

Bar. Si os ha dicho la criada
 que os fui á buscar, seria
 mejor que á mí me avisáran
 y hubiera pasado allá.

Ped. A mí no me han dicho nada,
 ni vengo por vos. Quería
 hablar un rato á mi hermana
 de un chisme que me han contado.
 Una especiota, de tantas
 que corren por el lugar...
 Es la gente muy bellaca,
 y sobre una feñolera
 miente, desatina, y habla
 cosas que... vaya!...

Bar. En fin, qué
 ha sido?

Ped. Nada en sustancia;
 pero que tal vez, pudiera
 tener resultas muy malas.
 Mi hermana no considera
 estas cosas; tiene en casa
 una muchacha, y la pobre
 chica, honesta, bien criada,
 que nunca ha dado ocasion
 á decir una palabra
 contra su conducta; pierde
 por su madre, lo que gana
 por sí.

Bar. Doña Isabelita
 es un conjunto de gracias
 y perfecciones, y el verla
 obscurecida, eclipsada
 en un lugarote, expuesta
 á que la entreguen mañana
 á un rústico labrador,
 sin modales, ni crianza,
 ni estudios, da compasion.
 Bien que no falta, no falta
 quien tal vez sabrá extraerla
 de esta atmósfera, elevarla
 á mayor sublimidad,

y hacer que en ella recaigan,
 y en su familia, los dones
 que la fortuna contraria
 les negó.

Ped. Qué tontería! *Riéndose.*

No señor, no es desdichada
 tanto como vos decís,
 ni tan obscura y opaca
 la atmósfera, ni hay eclipses,
 ni es menester levantarla
 tan alto... Qué! No señor.
 En este lugar se casan
 muy bien las niñas. Es cierto
 que no hay aquí (y es desgracia)
 una juventud de alcorza,
 corrompida y perfumada,
 cigarrera, petulante,
 ociosa, habladora y fátua,
 como la que he visto yo
 ir bailando contradanzas,
 allá en la puerta del Sol.
 De eso no tenemos nada...
 Pero hay jóvenes honrados,
 ricos, de buena crianza,
 atentos, que nunca insultan
 al decoro de las canas;
 que á las mugeres, ni las
 adoran ni las ultrajan;
 las estiman: que si ignoran
 las locas extravagancias
 que inventa el lujo, se visten
 como la modestia manda.
 La instruccion no es mucha; pero
 tienen aquella que basta
 para ser hombres de bien;
 para gobernar su casa,
 dar buen ejemplo á sus hijos,
 y hacerles estable y grata
 la virtud, que ellos practican.
 Isabel no está enseñada
 á otra cosa, ni la inquietan
 ambiciosas esperanzas.
 Tiene un novio que la quiere,
 ella le estima en el alma,
 yo soy contento; y espero
 que no pasen dos semanas
 sin que haya boda... tendrémos
 gran comida, trisca y danza,
 y á la tarde, chocolate,

agua de limon y orchata.

Bar. Mucho me admira ese modo de pensar.

Ped. Y á mí me pasma

Imitando el tono grave y ponderativo del Baron.

el vuestro. Quereis que sea Vizcondesa ó Almiranta?

Bar. Quisiera verla feliz.

Ped. Pues si lo quereis, dejadla.

Bar. Pero, si la suerte hiciese que se la proporcionára otro destino mejor...

Ped. Mejor que verse casada á su gusto, en su lugar? No puede ser.

Bar. Yo pensaba que su madre, en este caso, debiera ser consultada y obedecida.

Ped. Su madre es una pobre aldeana, y no sabe mas de mundo que los chiquillos que maman; pero no importa, el encargo de convertirla y sacarle de error, no es cosa difícil: y á pesar de su ignorancia, dentro de muy pocas horas, conocerá quién la engaña.

Bar. Pues quién se atreve?...

Ped. Hay bribones que viven de enredo y trampa.

Bar. Qué me decís!

Ped. Si señor; pero á bien que estan tomadas las callejuelas, y espero...

Bar. Pero, qué ha sido? qué pasa?

Ped. No es cosa: un cierto sugeto que ignora, segun la traza, con quién las há. Miente, pilla dinero, adula á mi hermana, introduce enemistad en nuestra familia, y causa mil disgustos.... Pero, el tal picaron, que así nos trata, ó se arrepiante esta noche, ó le enterramos mañana.

Bar. Oiga!. Pues... señor D. Pedro *Con turbacion.*

si me permitis que vaya... tengo que escribir... Estuve á buscaros.... solo, para tener el gusto de veros, y... pues....

Ped. Ya estoy.

Bar. Aunque basta para mayores empresas la prudencia consumada que os adorna; si quereis valeros de mí, me holgára infinito concurrir en cuanto yo pueda y valga, á vuestros fines.

Ped. Os estimo.

Bar. Os tengo aficion, y cuantas veces os miro, me acuerdo de Pedro Nuñez de Vargas, mi bisabuelo. El retrato que tenemos en mi casa tanto se os parece, que....

Ped. Calle!

Bar. Sí, la misma gracia de mirar, la ceja corba, y esa nariz prolongada, robusta y...

Ped. Cierto que es buena fatalidad! Quién pensára que....

Bar. Cómo?

Ped. Digo que es fuerte desdicha. Un Señor de tanta suposicion, parecerse á un pobre demonio, es gayta.

Bar. Pues no lo dudéis.

Ped. Ya estoy.

Bar. Dize mil escudos me daba, en onzas de oro, mi primo, el Duque de.... Por la tabla no mas.

Ped. Sin el marco?

Bar. Pues, sin el marco.

Ped. Pieza rara será al tal cuadro!

Bar. Allí tengo todo lo mejor de Italia....

Ped. Buenas noches.

Bar. A mas ver.

Repito lo dicho, y...

Ped. Gracias,
señor Baron.

Bar. Este vicjo

Aparte. Toma una de las luces, y
se va por la puerta del foro.
es un talego de maulas.

ESCENA V.

Don Pedro, Isabel.

Ped. Mucho miedo lleva el nieto
de Pedro Nuñez.... Qué charla
tiene! y....

Isab. Señor.

Ped. Isabel:
qué es eso? qué congojada
estás, qué triste!

Isab. Quereis
que no lo esté? Ni esperanza
de consuelo tengo ya,
viendo que el ruego no basta,
ni la sumision, ni el llanto,
ni razones, ni amenazas.
En vano Leonardo quiso
persuadirla y moderarla;
mas la irritó.

Ped. Ya lo sé;
ya me lo ha dicho.... Y estaba
enfadadillo además.

En la juventud nos falta
moderacion.... Ni es posible
usar de aquella templanza
que dan años. Leonardo
se ve ofendido, mi hermana
es terca, no será mucho
que de una en otra palabra,
la disputa haya venido
á parar, en lo que paran
todas, cuando las pasiones
nos acaloran y arrastran.

Isab. Es verdad; bien lo temí...
se lo dije; pero estaba
empeñado en verla....

Ped. Y bien,
cómo ha de ser? Es desgracia
inevitable.

Isab. Tal vez
otras mayores me aguardan.

Sabeis que intenta reñir
con el Baron?... Si esto pasa....
si muere.... ó vuelve culpado
de un homicidio, qué infausta
victoria! qué objeto horrible
para mí!

Ped. No temas nada,
Isabelita. Valor.

Presumes tú que llegará
á tener efecto, haciendo
yo papel en esta farsa?
No por cierto. El tal Baron
no gusta dar cuchilladas:
Leonardo, al salir, le dijo
que á las doce le esperaba
ahí afuera. Esta sería
resolucion temeraria
y necia, en otra ocasion;
pero como aqui se trata
de acosarle, de aburrirle,
de obligarle á que se vaya
ó que desista, y nos diga
claro y en pocas palabras
que es un tunante; conviene
llenarle de miedo al mandria,
y ya lo está. No hay peligro.
El uno teme y se guarda,
y al otro le guardo yo:
ten segura confianza
en mí.

Isab. Solo en vos pudiera
tenerla.

Ped. Verás burlada
la malicia de tu huésped:
verás que tu madre acaba
de conocer hasta dónde
las apariencias engañan.
Sí, consuétate. Ya sabes
que siempre he sido en tu casa
tu amigo y tu protector;
que no hay cosa, por extraña
que fuese, que me detenga,
cuando de tu bien se trata.
No te acuerdas de que siendo
chiquitita, me llamabas
el otro papá: que has sido
alivio de mis desgracias?
que en esta ocasion, soy yo
quien ha de suplir la falta

de tu buen padre, y hará
que vivas afortunada
y muy contenta?... Lo sabes?

Isab. Si señor, lo sé.

Ped. Pues calma
esa agitacion.

Isab. Mi llanto,
mi turbacion, no la causa
el temor.... Ya es alegría

*Besando la mano á Don Pedro, y
acariciándole.*

ternura, dulce esperanza,
y agradecimiento.

Ped. Vamos:
un mimito, eso faltaba!

Isab. Querido padre!

Ped. Hija mia!

Isab. Me queréis?

Ped. Pregunta es vana.
No te he de querer? No ves
que á mi tambien se me arrasan
los ojos?... Pero, tu madre
viene.

Isab. Ya no me acobarda
su vista, pues tengo en vos
un amigo que me ampara.

ESCENA VI.

Don Pedro, la tia Mónica, Isabel.

Món. Oigal... Los dos en consulta.
Qué negocios de importancia
tendrán que tratar? No he dicho

A Isabel.

mil veces que no me salgas
acá afuera?

Isab. Yo salí....

Món. Ya sabes que no me agrada
tanto palique.

Isab. Señora,
sí....

Món. Vete. Tú la levantas
de cascos, tú me la pierdes.

Isabel hace una cortesía y se va.

Ped. Yo, muger?

Món. Sí, tú... Qué estabas
diciéndola?

Ped. Que te sufra.

Món. Habrás venido á inquietarla:
á llenarla de ilusiones
la cabeza, y que no haga

cosa que la mande yo.

Ped. No tal: he venido á causa
de que ya por el Lugar
dicen todos que la casas
con el Baron; me preguntan
á mi, que no sé palabra,
y hago un papel infeliz....
Es fuerte cosa! no hablan
de otra materia en las tiendas,
en la botica, en la plaza,
en casa del alojero,
y á mi no me dices nada
de este bodorrio!

Món. A su tiempo
lo sabras: y esos que pasan
la vida en chismosear,
verán despues si se engañan,
ó aciertan.

Ped. Pero, si vieras
qué risa les da, y qué ganas
me dan á mí de rabiar.
Quién ha de tener cachaza
para sufrir que se digan
tales cosas de una hermana?
Yo te digo la verdad:
si quieres ver acalladas
esas voces, desmentir
los enredos que levantan
contra tí, cájala presto.

Món. Presto será.

Ped. Y que se vaya
ese Baron, ó ese infierno,
que nos tiene alborotadas
las cabezas.

Món. Cuando quiera
hallará la puerta franca.

Ped. Y si no quiere?

Món. Si no
quiere no tengo yo cara
ni desvergüenza bastante
para echarle de mi casa.
A un Señor de su carácter,
á quien he debido tantas
atenciones, te parece
que es regular se le hagan
esos desaires? Tú allá
con tu gramática parda
sabrás mucho; pero en punto
de urbanidad y crianza,

sabes muy poco.

Ped. En efecto,
la tal noticia no es falsa. *Se sienta.*

Món. Qué noticia!

Ped. La de estar
persuadida y confiada
en que el Barón ha de ser
tu yerno.... Ilusion mas rara
no se dará... Vanidad
maldita! que así nos saca
dejuicio y nos pierde!.. Un hombre
de tan ilustre prosapia,
primo de Condes y Duques,
biznieto de Doña Urraca,
y chozno del Rey Don Silo;
venir á hacernos la gracia
de casarse con tu hija...

Qué desatino!

Món. A qué llamas
desatino? Por ventura
te parece cosa mala,
cuando vemos favorable
la ocasion aprovecharia?
Será la primera vez
que un caballero se casa
con una muger humilde?
Quién ignora lo que arrastra
una pasion?

Ped. Qué pasion,
muger, ni qué calabaza!
Cuidado que!... Dónde has visto
pasiones de esta calaña?
En las comedias: que vienen
Príncipes de Dinamarca
vestidos de jardineros
y están de amores que rabian
por alguna pastorcita,
con su zurrón y sus cabras.
Se dicen flores: hay celos,
desdenes, lloros, mudanzas...
Se casan al fin, y luego
salen con la patochada
de que la tal moza es hija
del Duque de Transilvania
y otros delirios así;
pero en el mundo no pasa
nada de eso.

Món. No?

Ped. Jamás.

Y cuando en amores trata
algun Scñdrón con una
jovencilla bien mirada,
huérfana, plebeya y pobre,
ojo avizor, que allí hay trampa.
No señor: los matrimonios
de esa gente no se entablan
por trato y cariño. Cogen
la pluma, y en una llana
de papel suman partidas.
Cuatro y des seis, llevo nada:
ocho y siete quince, llevo
una y cuatro cinco: sacan
el total al pie, y segun
lo que en el ajuste ganan,
hay boda ó no hay boda...
Y sea la novia gibosa y chata
y tuerta, y el novio manco,
viejo, gotoso y con sarna;
conózcanse mucho, ó nunca
se hayan hablado palabra,
con amor ó sin amor...
Bendígalos Dios! se casan.

Món. Eso sí, como te dejen
hablar, piquito no falta,
ni mormuracion... En fin,
si te incomoda y enfada
cuanto digo y pienso, vete:
déjame en paz, no me traigas
cuentos, ni alborotes mas
con esas extravagancias
á tu sobrina. Yo soy
la que debe gobernarla,
sé lo que mas la conviene;
nadie como yo se afana
tanto por ella... Es mi hija,
y á este amor ninguno iguala.

Ped. Y por ese amor, la quieres
precipitar, entregarla
á un hombre desconocido,
trapalón, tuno de playa...
Y tú tan boba!... No ves
que es un picaro y te engaña,
no lo ves?

Món. No, porque tengo
antecedentes que bastan
á persuadirme: tú no
los tienes, por ese ensartar
tanto disparate.

Ped. Pero

yo te concedo la gracia
que es un señor, que él y el Rey
meriendan juntos, qué sacas
de aquí? Le darás tu hija?

Món. Tuvieras tú repugnancia
en dársela?

Ped. Sí.

Món. Se ve

que no eres su madre, y hablas
como un viejo sin cabeza.

Ped. Hablemos claros, hermana.

Ese cariño de madre
que me ponderas con tanta
frecuencia, no es el motivo
que te dirige; y si tratas
de engañarme á mi, no pierdas
el tiempo. Mira, tú rabias
por hacer gran papelon;
siempre has sido tiesa y vana,
muy amiga de mandar,
enemiga declarada
de quien tiene mas dinero,
mejor jubon, mejor saya
que tú. Te comes de envidia
cuando ves que á las Hidas
llaman Doñas; te lleva
Dios cuando las ves sentadas
en la Iglesia junto al banco
de la Justicia, y por dallas
que merecer, por vengarte
de la humillacion pasada,
eres tú capaz, no solo
de entregar esa muchacha
á un hombre indigno, sino
de ponerte á la garganta
un degal.

Món. Yo?

Ped. Tú... Qué ideas
tienes tan descabelladas
de grandeza? No es verdad
que ya á tus soles aguardas
el feliz momento, en que
oigas que todos te llaman
Excelencia, que Señoría
es cosa bien ordizaria?
No es cierto que allá en tu mente
el plan de vida repasas
que has de tener Coches, modas,

brillantes, untos, pomadas:
mesa para los hambrientos
que por lo que adulan trogan...

Baile, academias: teatros:
solemne robo de banca:
prodigalidad, miseria,
orgullo, bajeza y trampas.
Llamar cultura á la infame
depravacion cortesana,
bestia á todo hombre de bien,
y á todo acreedor, canalla....
No es ese tu plan? No es esta

Levántase.

la gran fortuna que guardas
á mi sobrina feliz?..

Y esa ambicion insensata,
esa vanidad, te atreves
á desmentirla, y llamarla
amor de madre?

Món. Me quieres

dejar en paz? Vete, calla.

Ped. Sabes el mal que apeteces?

sabes tú que donde falta
moderacion, no hay placer?
sabes que donde no haya
virtud, no hay felicidad?

Món. Hombre, por Dios, no me hagas
desesperar.

ESCENA VI.

El Baron y aichos.

Bar. Permitis

que un solo instante os distraiga
*Sale por la puerta del foro con una
luz en la mano, que dejará so-
bre la mesa.*

de vuestra conversacion?

Món. No era cosa de importancia,
y aunque lo fuese....

Bar. Me alegro

de hallaros juntos... Yo estaba
indeciso... Pero es fuerza
salir una vez de tantas
inquietudes: explicarme
con claridad: no dar causa
á disgustos, ni sufrir
en mi decoro la mancha
mas pequeña. Yo, señor
Don Pedro, por la desgracia
que acaso sabeis, me vi

en la situación amarga
de abandonar mis amigos,
mis conveniencias, mi patria...
Disfrazado, fugitivo,
hube de fingir en varias
partes, nombre y calidad;
y cuando despues de tantas
desventuras, vi lucir
algún rayo de esperanza,
vine á este Pueblo: creyendo
que estar á poca distancia
de la Corte me seria
favorable. Vuestra hermana
me vió: le conté mi historia,
condolióse al escucharla;
me hospedó aqui, donde á fuerza
de atenciones no esperadas,
y tal vez no merecidas,
alivio hallaron mis ansias:
Isabel... Cómo pensais
que fuese fácil tratarla,
sin quererla bien?... Yo os ruego
que no os altereis: me falta
poco que añadir, y espero
que tendreis la tolerancia
de no interrumpir á quien
por última vez os habla.
Digo que la quise bien;
y aunque su madre os lo calla,
traté de hacerla mi esposa:
en la segura esperanza
de conseguirlo, y creyendo
que vos no perderais nada;
pero he visto que en el pueblo
se murmura, se propagan
mil calumnias contra mí.
Hay alguno que nos guarda
la puerta, y tan atrevido
que me insulta y me amenaza:
hay alguno que desprecia
mi carácter, que me trata
de seductor, y...

Ped. Por qué
lo decís?

Bar. Por nadie. Tantas
injurias no las toleran
los Benavides de Vargas....
Con dos renglones pudiera
confundir á quien me agravia,

y... no lo haré... tengo ya
noticia de que me aguardan
en la Corte; mi contrario
está preso, el Rey me llama,
quiere verme, y es preciso
que con diligencia parta.
Pero en tanto, no os daré
disgusto. El tiempo que haya
de estar en Illescas (puesto
que hasta pasado mañana
no vendrán mis coches) pienso
alojar en la posada
que cuando vine ocupé,
y os juro que de esta casa
saldré luego que amanezca;
y aunque en el pueblo quedara
muchos meses, nunca en ella
pondré los pies. Ya que tanta
ofensa ha sido aspirar
á esta union abominada;
ahí os queda la infeliz
Isabel, sacrificadla...

Yo la quise hacer dichosa;
vos no quereis, y esto basta.

Món. Válgame Dios! pero...

Bar. No,
no os causeis.

Món. Fuerte desgracia
es esta!... Porque otros digan...
Mientras yo no he dado causa;
mientras la niña está pronta
á lo que su madre manda....
Animas benditas, pues
cierto!... Y tú qué dices?

Ped. Nada.

Que el Barón habla muy bien,
que le tomó la palabra,
que si la curople, debemos
darle todos muchas gracias....
y que me voy á acostar.

Món. Qué necedad! qué ignorancia!
Si es muy tonto! Pero yo,
Señor, porque...

Ped. Consoladla,
Señor Barón.

Bar. No hay remedio.

Món. Qué auger tan desdichada!

Bar. Es preciso hacerlo así,
lo exigen las circunstancias:

mi estimacion es primero
que mi amor.

Ped. Qué zalagarda
me ha querido armar!... A Dios,

Aparte.

Mónica, duerme y descansa.
Señor Baron, buenas noches.
Quedamos que mañana,
luego que amanezca?...

Bar. Sí.

Ped. Os ireis á la pesada?

Bar. Ya lo he dicho.

Ped. Y no volveis
aquí?

Bar. No.

Ped. Y así que os traigan
el equipage, los tiros
y las carrozas de nácar,
os vais?

Bar. Me iré.

Ped. Lindamente.

Pues con todo, no me engañas.

Aparte.

ESCENA VIII.

El Baron, la tia Mónica.

Món. Qué es lo que pasa por mí?
Señor Baron de mi alma,
qué es esto?

Bar. Ver si por medio
de un artificio, se calma
la envidia, el odio, el furor
de esa gente temeraria.

Món. Qué decís?

Bar. Ficción ha sido:
jamás han salido vanas
mis promesas, no temáis.

Món. Yo al escucharos estaba
muerta, muerta... Si quisieran
sangrarme, no me sacaran
gota de sangre.

Bar. Lo creo.

Pero todo ha sido raza,
para deslumbrarle.

Món. Bien,
bien hecho.

Bar. Fue necesaria
precaucion... Pero escuchad
lo que se ha de hacer, sin falta.
Mañana pasará el dia

en el meson: cuando caiga
la noche saldré de Iltescas,
dejo en Toledo encargada
al Arcediano la mula,
to no su coche, y me plantan
las colleras de un tirón,
antes que anochezca, en Parma,
un Jugarcito pequeño,
el primero que se halla
de mis estados, cruzando
el lago de Nicaragua.
Hoy es Lunes, bien: estoy
el Miércoles en mi casa:
Jueves, Viernes... sale justa
la cuenta. Estad preparadas,
tenedlo todo dispuesto,
y el Sábado sin tardanza
ninguna, recibireis
á media noche una carta,
que os dará mi mayordomo:
y al instante, acompañadas
de él, y de un Negro, salís
á donde el coche os aguarda,
y... ya lo he dicho, el Domingo
se logran mis esperanzas.
Conque, estais? A media noche..

Món. Sí, sí ya estoy enterada:
el Sábado. Bien está.

Bar. Ved que en esa confianza
me voy, y os espero.

Món. Pues,
señor, temeis que no vaya?
Aunque fuera menester
ir solas, á pie y descalzas,
fuéramos; vivid seguro.

Bar. Podeis llevar la criada
tambien, para que os asista.
Y advertid, que se levanta
ya un fresquecillo al salir
el sol, que molesta y daña:
cuidado, abrigarse bien:
porque aunque tiene persianas
el coche, pieles y estufa,
estais algo delicada
y es bueno cuidarse.

Món. Así
lo haré.

Bar. Si esto se llegó a
á saber, tal vez seria

cosa muy aventurada.
Ya veis que en Madrid me ofrecen
una rica mayorazga,
hermosa, ilustre. Su padre
es Caudatario del Papa,
su primo, Duque de Utonia:
noblezas mas acendrada
que la suya, mas antigua,
es imposible encontrarla
aunque expriman la de todos
los Príncipes de Alemania.
No es facil, pues, renunciar
á este enlace sin que haya
desazones, y á este fin
pienso escribir unas cartas,
para evitar desde luego
que vengan por mí, con varias
excusas que fingiré.
De esta manera se gana
tiempo.... Pero á nadie,
hábeis de decir palabra.

Món. Bien está, señor.

Bar. A nadie.

Y cuando digan mañana
ó esotro, que me marché,
fingid que no sabeis nada.

Món. Bien está. *Bar.* Disimulad
el corto tiempo que falta:
idme á buscar, logre yo
la posesion suspirada
de Isabel, y hasta ese punto
nadie entienda lo que pasa.

Món. Ya, ya estoy.

Bar. Despues vereis
que en esta dicha os alcanza
aun mas de lo que esperais.

Món. Pues, señor, qué mas?...
Bar. Pensaba,

en no deciroslo, pero
hablemos en confianza.
Vos, qué edad podeis tener?
Estais fresca, bien tratada,
robusta y agil... Es cierto
que no deja de hacer falta
la dentadura. *Món.* Ay, señor!
que no es la vejez la causa.
Jaquecas, corrimientos,
y pesadumbres. *Bar.* Mi hermana
la Vizcondesita, cumple

veinte y dos años por Pascua,
y está lo mismo que vos:
y porque no se la caiga
un diente que la ha quedado,
solo come cosas blandas:
sémola, huevos megidos,
puches, y así... La obstinada
tós que padeceis; los flatos,
la debilidad y náuseas
del estómago, se curan
mudando de temple, aguas
y alimentos. Con un poco
de ejercicio, y unas cuantas
friegas que os den, se disipa
la hinchazoneilla que carga
á las piernas, y en dos dias
os hallaréis fuerte y apta
para las segundas nupcias.

Món. Quién, yo?... Pero, señor...
Vaya!...

Jesus, qué calor! *Bar.* Amiga,
la viudéz desconsolada
es un estado terrible,
y en él las jóvenes pasan
mucho trabajo. A ver
un polvo. *Món.* Y en la de plata.

Saca una caja y se la dá al Baron,
el cual despues de tomar un polvo
se la guarda como distraido.

Bar. Mi tío, de quien algunas
veces os hablé, se halla
viudo y sin hijos: si muere,
todos sus estados pasan
á un extranjero, cuñado
del Hospodar de Valaquia;
y esto es doloroso. *Món.* Cierto,
siendo un nacion. *Bar.* Yo tomára
que fuese nacion no mas;
pero lo que nos enfada
es, que además de extranjero
es herege. *Món.* Virgen santa!
herege!

Bar. Pues, ved qué gusto
nos dará, que si mañana
llegase á faltar el tío,
todos sus bienes los haya
de gozar aquel mastin;
que no entiende una palabra
de español, ni sabe el Credo.

ni va á Misa... *Món.* Qué canalla!
Bar. Ni ayuna, ni... *Món.* Picarón!
Bar. Pues por eso se pensaba
 hacerle una burla: el tío
 está en lo mismo, y se allana
 á todo. El fin es casarle,
 y si la novia se encarga
 de darle en dos ó tres años
 dos ó tres chiquillos, basta:
 no la piden mas, y el otro
 se queda tocando tablas.
 Con que ved si... *Món.* Yo, señor,
 aunque, á la verdad, estaba
 bien agena de pensar
 en eso... pero se trata
 de servirlos, y podeis
 mandarme como á una esclava.
 Y en todo aquello que yo
 pueda, y... *Bar.* Bien.
Món. Si estoy turbada,
 señor, y no sé... *Bar.* Al instante
 quiero escribir lo que pasa
 al Príncipe vuestro esposo,
 que está esperando con ansia
 la resolución. *Món.* Decid.e
 mil cosas. *Bar.* Ya estoy.
Món. Y gracias
 infinitas. *Bar.* Bien. Ahora
 voy á poner esas cartas.
 Cuidad que no suha nadie
 por alla arriba, ni hagan
 ruido. *Món.* Bien está.
Bar. Porque
 al instante que las haya
 cerrado, me iré á dormir.
Món. Sin cenar?
Bar. No tengo gana:
 he comido bien. *Món.* Siquiera
 unas sopas. *Bar.* Nada, nada.
Món. O un huevecito escalfado.
Bar. No, no es menester. Mañana
 llevará un posta los pliegos
 á Madrid, y así que él parta,
 me voy al meson... á Dios.
 Un abrazo. *Abrázanse.*
Món. Y mil. *Bar.* Honrada
 dueña. *Món.* Servidora vuestra.
Bar. A Dios La ausencia no es larga.
Món. Con todo, señor, si ahora

no llorase rebentárs
Enternecida y enjugándose las lá-
grimas. Toma una de las luces pa-
ra ir alumbrando al Baron, el cual
se la quita: la coge de la mano, se
la besa respetuosamente, y se va
con la luz por la puerta del foro.
Bar. Hasta el Domingo... Qué haceis?
Món. Alumbraros. *Bar.* No faltaba
 mas. *Món.* Pero, si yó...
Bar. Vos.
 sois mi madre, no mi criada.

ESCENA IX.

La tía Mónica sola.

Món. Bendito, bendito, amén.
 Con qué respeto me trata
 el pobrecito!... Que humilde!
 Si á boca llena me llama
 su madre... Pero, no dice
 bien, no señor... Si me faltan
 algunos dientes, tambien
 tengo las muelas muy sanas,
 gracias á Dios... ni me huele
 la boca, ni... Pues me agrada
 la especie de... Bueno fuera
 que nos viniese de extranja
 el otro bribon ahullando
 en su lengua chapurrada!...
 Maldito... aunque él viva
 mas años que Meriblanca,
 yo le juro que no lieve
 ni un alfiler, ni una hilacha.
 No señor, todo á los niños...
 Ay! hijos de mis entrañas!
 angelitos!... Sí, pues, poco
 los querrá su padre! vaya!

ESCENA X.

Pascual, la tía Mónica.

Pasc. Pues, señor, ya fui allá,
 y dije que le esperaban
 al instante. *Món.* A quién?
Pasc. Al sastre.
Món. Despues de dos horas largas,
 te vienes con eso? *Pasc.* Pues,
 fui y dije, digo: el ama
 está esperando al señor
 Juan, dice que le aguarda,
 que no deje de ir corriendo,
 corriendo, porque hace falta

que vaya, y....

Món. Bien, y que dijo?

Pasc. Quién, él? El no ha dicho nada.

Món. Pues qué, no le has visto?

Pasc. Yo,

no por cierto. *Món.* Qué no estaba?

Pasc. Sí señora. *Món.* Y no le dieron el recado?

Pasc. La Colusa se le dió. *Món.* Con que vendrá?

Pasc. Qué ha de venir?

Món. Pues acaba,

por qué no viene? *Pasc.* Porque parece que esta mañana...

Pues señor, el pobre sastre

subió á poner unas tablas

al paomar, y una red

para tapar la ventana;

y estando allí, se le fué

la cabeza, como andaba

clavando clavos, y el pelo

se lo enredó en una escorpia...

Y desde allí se cayó

sobre el pelo donde enganchan

la garrucha cuando tienen

que subir sacos de paja;

y desde allí se cayó

al tejado de la Marta;

y desde allí cayó al suelo;

y desde allí, por la trampa

de la cueva, zás, cayó

á la cueva, porque estaba

sin cerrar: y desde allí

se cayó en una tinaja

de aguardiente... Y desde allí,

le llevaron á la cama;

y mientras esté acostado

no quiere salir de casa...

Con que no puede venir.

Món. Soy en todo afortunada:

porque tanto cuando yo

le llamo, se descalabra.

Toma esa ropa... Cuidado,

Harán lo que denotan los versos.

y lévala adentro... Aguarda,

no ves que lo arrugas todo?

Pasc. Es por que no se me caiga.

Món. Mira qué aliño! *Pasc.* Si...

Món. Suelta;

Fermusa vendrá á doblarla:

déjalo. *Pasc.* Bien.

Món. Oyes, di:

por qué dejiste que entrara

Leonardo esta tarde? *Pasc.* Yo?

Porque... Luego se me pasa

todo.. Ya no sé por qué.

Món. Cuidado con que le abras

la puerta otra vez. Estás?

Pasc. Ya estoy.

Món. Mientras no le llaman,

lo hay para que venga. Dile,

si vuelve otra vez: que el ama

ta ha dicho que no le dejes

subir, que está fastidiada

de él, que no quiere ni oírle

ni verle mas, que se vaya.

Lo entiendes? *Pasc.* Pues yo se ve

que lo entiendo. Si yo estaba

en lo propio, y cuando vino

dije, digo: no está en casa

el ama, y él dice: tonto,

ni la he visto á la ventana...

Con que entró, y aquí se estuvo.

Salió despues.. Yo pensaba

que no volviera, y á poco,

cátale otra vez. Se para

á la puerta y dice... No:

entonces no dijo nada:

se salió y se entró derecho,

sin hablar una palabra;

con que yo, como le vi

así, que no preguntaba

cosa ninguna... *Món.* Dos veces

estuvo?

Pasc. Dos... Pues si anda

siempre.. Toma!.. y haceseñas...

Y anoche, á las once dadas

estuvo cantando, y...

Món. Bien

ya lo sé. *Pasc.* No era guitarra;

era otra especie de... *Món.* Si,

ya estoy. *Pasc.* De instrumento.

Món. Calla.

Picarones!.. todos, todos

son contra mí, todos tratan

de burlarme; pero yo

les prometo...

Se va con mucho enfado sin atender á lo que dice Pascual.

ESCENA XI.

Pascual, solo.

Pasc. Pues cantaba unas coplas.... Eso sí, las coplas eran muy guapas, y.... Calle! ya se marchó. Si está medio espiritada esta muger.... Ay! qué rico *Se acerca adonde está la ropa, dobla una bata, y la examina por todas partes, con admiracion.* zagal!... No señor, que es bata y con su cola y sus vuelos largos, y sus cintas.... Anda majol... Y cómo ruge!... Apuesto que á mi me viene pintada. Vaya, vaya, estas mugeres qué cosas tan buenas gastan! Y es bien anchota. Probemos *Se pone la bata, mirase á uno de los espejos, y empieza á pasearse de un lado á otro, afectando ademanes mugeriles.*

á ver.... Qué! si está cortada para mi.... Pobre Pascual, siempre vestido de lana churra!... Ay! qué guapo! Asiva la Médica por la plaza: lo mismo, lo mismo, así.

ESCENA XII.

Pascual, Fermina, y desde adentro la tia Mónica.

Ferm. Qué estas haciendo. No es mala la diversion!

Pasc. Ay! qué susto me has dado!

Ferm. Vamos, despacho.

Harán lo que indica el diálogo.
Ropa fué... Se habrá visto mayor zangandungo!

Pasc. Vaya, no te enfades.... tira....

Ferm. Poco á poco, que me lo rasgas. Por vida de!...

Pasc. No te enfades, muger. *Món* Fermina. *Llamando desde adentro.*

Ferm. Ay! que llama.

Pasc. Que te parece, si viene y nos pilla?

Ferm. Me alegrara.

Pasc. Como está sobre la chupa, se arruga todo, y se atasca.

Món. Fermina.

Vuelve á llamar desde adentro.

Pasc. Válgate Dios!

Tira, muger.

Ferm. Si no alargas un poco el brazo... Ay! que viene.

Pasc. Ya se ve que viene.

Ferm. Marcha,

corre. *Pasc.* A dónde?

Ferm. Qué se yo?

al desvan. *Pasc.* Arriba patas;

al desvan.... Oyes, por Dios, que no digas....

Hace que se vá y vuelve.

Ferm. Corre y calla.

Fase Pascual por la puerta del foro, con la bata á medio quitar y arrastrando.

ESCENA XIII.

Fermina, la tia Mónica.

Mon. Dónde estás, sorda, que gríto como una desesperada y no respondes? *Ferm.* Aquí, doblando esta ropa. *Món.* Acaba presto, y danos de cenar.

Ferm. Son las nueve?

Món. Poco falta.

Ferm. Pero, no he de hacer la sopa de almendra?

Món. No, que no baja el señor Baron. Está escribiendo, y cuando haya cerrado sus pliegos, quiere recogerse. *Ferm.* Cosa extraña! sin cenar... no lo acostumbra.

Món. Oyes, mira que mañana, á eso de las cinco, debe salir. Tenle preparada la manteca, el chocolate, bollos, agua de naranja; en fin, lo que toma siempre: está? *Ferm.* Bien.

Món. Deja entornada la ventana, que sino

cuando estás entre las mantas
y á obscuras, eres un tronco.
Ferm. Con que en efecto, se marcha
el Baron? Y qué, no lleva
una tortilla con magras,
ó un poco de... *Món.* Si no sale
del Lugar. *Ferm.* Ay! desdichada!
Con que vuelve?

Món. No por cierto.
Nos deja, se va de casa,
y no vuelve mas. *Ferm.* Agur.
Pero, cómo...

Món. Ya me enfada
tanto preguntar. Recoge
Ladra un perro á lo lejos.
esos vestidos, y saca
la cena, y déjame en paz.
Pero... Qué es eso?

Ferm. Que ladra
el Turco.

Món. Si aquel zopenco
de Pascual... no hay quien le haga
entender!... Le tengo dicho
que me le deje en la cuadra
encerrado... El se alborota
con un mosquito que pasa.
Vuelve á ladrar.

Ferm. Ladra mucho.. No haya gente
en el corral.

Món. Pues si estaba
durmiento el señor Baron,
cierto que... Mira quien anda
en la escalera.

Ferm. Quién es?

ESCENA XIV.

Pascual, la tia Monica, Fermina.

Pasc. Quién ha de ser, la fantasma.
Món. Pues de dónde vienes?

Pasc. Yo
lo diré... Porque la gata,
como maya tanto... digo:
si se queda allí encerrada,
y empieza á rabiar... Con que
fui... Pero qué! si se escapa
y... vete á cogerla... ya!
Michita, michita, nada:
miz, miz, miz... Un arañazo
me tiró que... *Ladra el perro.*

Món. Cómo ladra

tanto ese perro. *Pasc.* Si, calle!
lo mejor se me olvidaba,
chicbo? yo tambien ladrara:
toma! Y cuenta que es verdad;
que desde aquell'a ventana
de arriba... no la grandota
dende estan las alcarrazas,
sino la de mas allá...

Món. Y bien, qué?

Pasc. Se descolgaba
el Baron, poquito á poco.

Món. Calla, bruto.

Pasc. No, que es chanza!

Si le he visto yo.

Ferm. De veras?

Món. Anda, ve, mete en la cuadra
el perro y duerme: que estás
perdido de vino. *Pasc.* Vaya
con Dios... pero yo le ví.

Món. Qué has de ver, tonto!

Pasc. Si estaba

yo en el desvan y le ví.

Dale! Y con la soga larga
del tendadero, á la cuenta,
qué se yó?... debió de atarla...

Éllo, yo le ví, y el pobre

Turco se desgañaba:

huah, huah, huah...

ESCENA XV.

*Dichos y Isabel, que saldrá con
una luz en la mano, y la pondrá
sobre la mesa.*

Isab. Madre, no habeis
sentido el rumor que anda
en la calle? gritos, golpes....
Yo estoy atemorizada.

Parece que alguno de ellos
iba huyendo, y le acosaban
otros.. *Món.* Y bien, qué tenemos?

Serán los mozas, que pasan
de ronda. *Fer.* Válgame Dios.
Suena á lo lejos un pistoletazo.

No ha sonado un tiro?

Isab. Calla. *Ferm.* Qué será?

Pasc. Qué miedo. *Isab.* Vamos
á la reja de la sala.

Món. Alguna quimera, que
al cabo no será nada.

Vamos.

Suenan golpes á la puerta.
Pasc. Ay! *Isab.* Qué golpes!
Món. Lleva

esa luz, mira que llaman.
Pasc. Y he de abrir?

Món. Si no conoces
 quién es, no. *Isab.* Fermina, baja
 con él. *Pasc.* Mucho miedo llevo:
 Fermina no te me vayas,
Fermina tomando una de las luces
se va con Pascual, y continúan los
golpes á la puerta.

los dos juntos. *Ferm.* Qué prisa
 tienen! Ya van.

Món. Es desgracia
 por cierto! Precisamente
 esta noche me encarga
 que nadie suba, que nadie
 le incomode ni distraiga,
 porque tiene que escribir,
 y ha de recogerse, para
 madrugar.... ladridos, voces,
 carreras, tiros, patadas,
 alboroto.... Si andaviere
 por el lugar una sarta
 de diablos, no hubieran hecho
 mayor estrépito.

ESCENA XVI.

Don Pedro, Fermina, Pascual
y dichas.

Ped. Hermana,
Don Pedro saldrá muy alborozado.
Pascual trae debajo del brazo un
envoltorio, y le pondrá sobre la
mesa. Fermina delante de ellos
con la luz.

Isabel, albricias: nuestro
 huésped cumplió su palabra.

Món. Cómo?

Isab. Qué dices? *Ped.* Que ya
 no tenéis Barón en casa.
 Tal prisa lleva, que habiendo
 puerta, eligió la ventana
 para salir: y pudiendo
 irse en carrozas doradas,
 con tiros napolitanos,
 lacayos, pajes y guardias;
 por el camino de Esquivias
 va, que el diablo no le alcanza.

Pacarrillo, el Sacristán,
 y el chico de la Tomasa,
 nuestra vecina, que son
 dos galgos, si se desatan,
 le siguen; pero yo temo
 que su diligencia es vana.
 El al principio se quiso
 hacer el guapo, dispara
 una pistola, erró el tiro,
 y á consecuencia descargan
 dos ó tres palos en él,
 tan fuertes, que si le plantan
 otro igual.... Bien que no quiso
 su fortuna que acertaran.
 En-tonces, tirando al suelo
 ese hatillo que llevaba,
 dió á correr, y segun va,
 sus pies no son pies, son alas.

Món. Fermín, ven, que me quieren
Coge una de las luces, se va apre-
suradamente por la puerta del
foro, y Fermina detrás.
 volver loca, ven.

ESCENA XVII.

Don Pedro, Isabel, Pascual, y
después Leonardo.

Ped. Desata
 ese rebujo, y veamos
 el equipage y las galas
Pascual desata el envoltorio, po-
niendo en la mesa lo que saca de él.
 de aquel caballero... Y tú,
 niña, no me dices nada?

Isab. Confusa estoy.... De alegría
 no acierto á decir palabra.
 Pero... y Leonardo?

Ped. Leonardo
 no se ha muerto, ni le matan,
 ni corre peligro.... Mira
Saldrá Leonardo fatigado y lleno
de polvo, y se sienta.
 ya está aquí, le ves? Ensancha
 ese corazón... Qué nuevas
 nos das?

Leon. Que el Barón se escapa:
 tal ligereza de piernas
 jamás la ví. *Ped.* Que se vaya
 enhorabuena.... Quiéu sabe!
 Tal vez el susto que acaba

de llevar, será su enmienda.

Así el infeliz se salva de un presidio; en donde lejos de reprimirse las malas inclinaciones, se aumentan: donde los delitos hallan castigo, y no correccion.

ESCENA XVIII.

La tia Mónica, Fermín, y dichos.

Ferm Marchose por la ventana
La tia Mónica confusa y llena de abatimiento se sienta. Fermín poniendo la luz sobre la mesa da una carta á Leonardo, que se levanta,
la abre, y lee para sí.

el pícaro! Allí no hay más que una chupa desgarrada, un sembrero viejo, un par de calcetas... nuestra bata de boda en una gatera cubierta de telarañas; la cuerda que le ha servido de escalera, y esta carta metida entre los colchones.

Leon. A ver.... para mí....

Ped. Si falta

algo allá arriba, aquí debe parecer.... Mira, una caja,

Irá mostrando lo que dicen los versos.

y ésta es la tuya, un pedazo de galon, una cuchara de plata... *Ferm.* Qué picardia! La que le di esta mañana con el vaso de conserva.

Ped. Un estuche, dos barajas, un anillo.... también tuyo....

Y aquí hay dinero.... Apostára que es tuyo también.

Leon. Mirad

lo que ese infame pensaba de vos. Ved lo que me escribe...

Después de haber leído la carta para sí, se la dá á la tia Mónica, y esta la lee.

y echadme luego de casa.

Món. Señor mio, esto de desafiar-se los hombres y matarse como brutos por una pararata, es cosa muy

buena; pero ya no se estila. Si á la tia Mónica la persuadi que estaba loco de amores por la muchacha, y que iba á ser su yerno dentro de pocos dias, fue porque así convino á mis intereses; y porque en la tal madre hallé la vieja mas ignorante, aturdida, y....

Indigno! Qué he de leer?...

No quiero ver mas.

Ped. Acaba

Dá la carta á Leonardo.

tú la lectura, y sepamos cómo ese pillo nos trata.

Prosigue. Món. No hay para qué, si ya estoy desengañada, si ya ronozco....

Ped. No importa.

Prosigue, que no es muy larga.

Sigue Leonardo leyendo la carta.

Leon. Amores.... dentro de pocos dias, fue porque así convino á mis intereses, y porque en la tal madre hallé la vieja mas ignorante, mas aturdida y mas tonta que puede hallarse; aunque la busquen con un canutil. Mis ardientes suspiros iban encaminados á lo poco que pudiera chupar de ella, y á lo mucho que esperé de su hermano. Dios le perdone al viejecito la mala obra que me hace: porque esto de caminar á pie, y de prisa y sin cenar, no deja de ser algo incómodo. Siénto mucho el enfado que habrá de tener el que me espera á las doce en punto, para hacerme la caridad de atravesarme el hígado; pero llévele en paz, que si no acudo á la cita, es señal evidente de que tengo que hacer en otra parte; y en cuanto á si mi honor queda bien ó mal puesto no le dé pena, que yo me entiendo, y sobre mi conciencia lo tomo. Yo no soy Baron, ni calabaza, ni tengo primos Duques, ni me tocan ni atañen las formalidades caballerescas. Soy un pobre demonio, sin casa ni hogar, ni renta

ni oficio: vivo de industria, mien-
to razonablemente, me aprovecho
cuando puedo de la ocasion, y asi
que me empiezan á conocer, cojo y
me largo. Agur.

Món. Bien está: dejadme sola;

idas que ya es tarde... Bija,
Pascual, y cierra las puertas.

Idos. *Ped.* Qué pasion te afana?

Món. Picaron!... maldito!... Y yo
tan sencilla, tan bonaza...

y burlarme así! *Isab.* Querida
madre. *Leo.* No es tiempo de tanta
afliccion.

Isab. Muy al contrario.

Ped. Cuando ese bribon se marcha,
perdiendo en su fuga todo
cuanto sacó de tu casa;
cuando ves que nuestro celo
del precipicio te aparta,
quedando todos alegres,
Isabel libre y honrada,
y viendo ya por tí misma
qu'en te quiere y quien te engaña,
te afliges así?... Por que?

Isab. No hay motivo.

Ped. Una ignorancia
disculp.ble; un error breve,
que no ha producido infaustas
resultas puede ser útil:
porque instruye y desengaña.
Qui-iste salir de aquella
humilde esfera en que estabas,
y te expuso esta ilusion,
á un abismo de desgracias.
Horror me da contemplar,
cuantos males preparaba
tu ceguedad.

Món. Ya lo veo,
y eso me angustia y me mata.

Ped. Mira tu consuelo aquí.

Sobrina, llega y abraza

á tu madre. *Món.* Ay! Dios!

*Isabel abraza con ternura á su
madre. Don Pedro asiendo de la
mano á Leonardo le obliga á que
se acerque. Isabel y Leonardo se
arrodillan á los pies de la tia*

Mónica.

Ped. Tus hijos
son éstos, y solo aguardan
tu bendicion para ser
felices.... No temas nada,
Leonardo, llega; que ya
mudaron las circunstancias.

Món. Es verdad.... Ay hija mia!...

*Abrazando con ternura á Isabel
y Leonardo,*

Y tú.... perdóname tantas
locuras, Leonardo.... toya
es Isabel. *Leon. Madre!*

*Los dos besan las manos á la tia
Mónica, se levanta y abrazan á
Don Pedro, que manifestará
mucha alegría.*

Isab. Amada

madre! *Món.* Perdonadme.
*Se levanta y se acerca á D. Pedro,
que asiéndola de ambas manos, la
recibe y habla cariñosamente.*

Ped. Ves
como á este placer no iguala
otro ninguno? Esta es
la felicidad mas alta:
esta.... y los sueños que excita
la ambicion, promesas falsas.
Vive contenta en el seno
de tu familia, estimada,
querida, y en dulce paz;
que el fausto, la pompa vana
de las riquezas no pueden
hacer que disfrute el alma
estas dichas.... Infeliz
el que no sabe apreciarlas!

F I N.

VALENCIA: POR ILDEFONSO MOMPIÉ. 1822.

*Se hallará en su misma libreria, calle nueva de San Fernando, núme-
ros 63 y 64, junto al mercado; asimismo un gran surtido de come-
dias, sainetes y piezas en un acto.*